



# LA MAR NO ES TAN MALA MUJER

RAUL GILBERTO ARRIBO

Ante la protesta airada de un buen amigo renteriano, no me parece demasiado impertinente traer a las páginas de *Carso* explicación y disculpa del título de mi, por ahora, última novela **La mar es mala mujer**; máxime teniendo en cuenta que la querencia marinera del amigo y del libro se abren paso por ese ténue hilo ciego-cieno que conduce al puerto de Pasajes, aventura de mar y piedra, y por su increíble bocana, bajo su

inverosímil Faro de la Plata, se expanden ambas a la plenitud de las olas atlético atlánticas. La pareja de bacaleros en donde la anécdota se asienta han de nombre Rioyazun y Rioria y su bautizo es un acto voluntarista de comunión con la tierra (entre tantas aguas) de origen. Para mi indignado amigo la mar metaforiza la vida, idea que comparto, y el definirla como mala mujer es algo peyorativo que puede desvirtuar su emblema,

cuestión en la que disiento. El título es tal y se justifica por un doble motivo; por dar una versión suave a la contundente frase con que los pescas la definen, *la p... mar* que bajo mi punto de vista metaforiza espléndidamente sus contradictorias relaciones de amor-odio con su medio tanto laboral como existencial; y por la analogía de sentimientos que la mar y la mujer despiertan en el hombre enamorado de una dualidad más convergente de lo que cabría suponer en quien no convive con ella. La explicación definitiva quizá esté en el primer párrafo de la novela. *Tengo 57 años y mi problema son dos, no abandonar la mar y que no me abandone mi futura mujer*. la simbiosis está servida desde un principio, un efecto sinérgico hemingwayano que lo explicita sutilmente Jorge Luis Borges en su versión dicotómica (sus senderos siempre se bifurcan hasta el infinito) del poema **El Mar**, de García Lorca. Su particular encrucijada de estelas dice así: *El mar es/ el Lucifer de la luz/ Cuando mala mujer/ la mar es-cruz/ El cielo caído/ por querer ser la luz*. En castellano la sutileza es mayor cuando utilizamos el femenino, la mar, como hacen los hombres de la mar, artificio imposible en inglés pues su artículo **the** no hace distinguos entre macho o hembra, y así el título de mi novela navega semánticamente entre la añoranza de Jack London y Conchita Piquer, lo mismo que sus arrantzales navegan cartográficamente entre la añoranza de las ballenas y el antes de

las doscientas millas. Hombre libre, siempre querrás al mar, el mar es tu espejo, en la sucesión infinita de las ondas tu alma se refleja y tu espíritu no es un abismo menos amargo: algo así dice Baudelaire y muy bien hubiera podido decirlo también del ondular expectante del vientre de la amada, la atracción por el riesgo de adivinarse uno en tan insondable azogue es la misma y esta identidad es la razón última del título que definiendo. Sirva el último párrafo de la novela para confirmarlo, para ratificar lo que ya se insinuaba en el primero: *Mi derrota deriva a los 57 años y mi único problema son dos, que no se me escape la mar ni esta mujer, las dos son más volubles que perversas, capaces por igual de concederme el mejor de sus favores y el peor de sus zarpazos, cuando son malas la culpa es de la luna, pero con cielo cubierto o estrellado no sé vivir sin ellas y por conservarlas seré capaz de cualquier cosa*. Crepúsculo, rayo verde, negritud, ardora, sueños y vuelta a un dubitativo amanecer de con quién comparto mi existencia. **La mar es mala mujer**. Rentería, yugulada del mar por nimios metros de ciego-cieno, suele dar apasionados amantes de un océano sin más límites que los del horizonte, de ahí la indignación de mi amigo para quien la mar es, si es que tratamos de definirla en el sexo opuesto, la más maravillosa de las mujeres; y esto es así, según su opinión, porque la mujer es la más perfecta y peligrosa de las mareas. Mira por donde, resulta que estábamos de acuerdo.